



Edificación colectiva de un Estado fallido

Ha sido una ofensa mayúscula que nos comparen con Pakistán —un país piojoso y violento— pero, más allá de las cuestiones cosméticas, la implacable evidencia de un sistema de justicia que no asegura las mínimas garantías a sus ciudadanos bastaría para cuestionar la viabilidad misma del Estado mexicano

Ese famoso “Estado fallido” del que avisan los yanquis es una realidad que experimentan a diario millones de mexicanos. Naturalmente, ha sido una ofensa mayúscula que nos comparen con Pakistán —un país piojoso y violento— pero, más allá de las cuestiones cosméticas, la implacable evidencia de un sistema de justicia que no asegura las mínimas garantías a sus ciudadanos bastaría para cuestionar la viabilidad misma del Estado mexicano.

No le deseo a ustedes tormentos de ninguna especie, amables lectores, pero si algún día se ven obligados a traspasar el umbral de una agencia del Ministerio Público sabrán que la soberanía del Estado se disuelve precisamente ahí donde la confiscan malignos subalternos, empleados corrompidos hasta la médula y leguleyos siniestros dedicados a sacar provecho de la desgracia ajena. En cuanto a la escandalosa ausencia de seguridad en nuestras ciudades,

la carta de un lector tijuaneño que publicó Héctor Aguilar Camín el viernes basta para exhibir, en toda su dimensión, la gravedad del problema: “[la] violencia ha terminado con negocios, proyec-

tos, toda una industria turística y restaurantera en auge”; “Tijuana es literalmente un desierto por las noches. Los restaurantes antes llenos ahora cierran a las 10. Ya todos tenemos un amigo, conocido o amigo de un conocido que ha sido secuestrado o asesinado”. Podemos preguntarnos: ¿y el Estado? ¿Dónde está? ¿Qué garantías ofrece? ¿Qué lugares controla?

La visión de apacible normalidad que ofrecen las calles de este país es absolutamente irrelevante en relación a los derechos que merecen los ciudadanos en cualquier sociedad civilizada. Es cierto que las familias salen a pasear los domingos y que las plazas están llenas de gente alegre y despreocupada. Pero la existencia de espacios *preservados* no cancela de manera automática la inadmisibile presencia del horror en otros ámbitos. Y

a veces los contornos se borran: en Morelia, la celebración del 15 de septiembre devino en tragedia cuando unos malnacidos arrojaron granadas entre la multitud. De cualquier manera, ya hay señales —muy manifiestas— de que la aparente regularidad de la vida cotidiana comienza a resquebrajarse: te lo dice nuestro hombre de Tijuana, te lo cuenta el taxista que

ha recibido amenazas por teléfono, te lo comprueba el vendedor de coches que ha cerrado el negocio luego de ser extorsionado y te lo reiteran las abrumadoras cifras de una criminalidad que no es castigada porque el aparato de justicia está podrido desde sus propias entrañas.

Si seguimos así, el país entero se va a colapsar. Tendremos un “Estado fallido”, en efecto, pero no solamente por cuenta de los narcotraficantes sino de los rateros, los extorsionadores, los secuestradores, los policías corruptos, los jueces vendidos, los politicastos, los vendedores de mercancías robadas, los falsificadores, los mercaderes de películas pirateadas, los contrabandistas, los inspectores deshonestos, los revendedores, los contratistas voraces, los constructores tramposos, los aduaneros estafadores, los líderes sindicales embaucadores, los burócratas haraganes y los pillos de todas las cataduras posibles.

Un personaje, uno solo, ha puesto en jaque a la industria minera nacional y perjudicado a miles de trabajadores: el Estado no puede hacer nada contra Napoleón Gómez Urrutia. Ha perdido la batalla. De paso, Sicartsa, una empresa metalúrgica mexicana



en problemas, es ahora propiedad del gigante multinacional Arcelor Mittal que, por lo visto, sí supo cómo arreglarse con el sindicato de *Napito*. Otra señora, maestra de profesión, tiene en sus manos los destinos de todos los profesores públicos de este país. Ella es la que decide y nadie puede plantarle cara. ¿Y el Estado? Muy bien, gracias: ha permitido que, durante décadas enteras, sus plazas —las que, en sentido estricto, le pertenecen— sean vendidas a los maestros y, a su vez, que puedan ser revendidas o heredadas al primer imbécil que se aparezca por ahí. Estamos hablando de la más flagrante privatización que puedas imaginar en Estado alguno.

Así las cosas, no necesitamos siquiera a los narcotraficantes para socavar la estructura del Estado mexicano. Nos bastamos solos para edificar, pues sí, un "Estado fallido". ■■

revueltas@me.com

**No
necesitamos
siquiera
a los narco-
traficantes
para socavar
la estructura
del Estado
mexicano.
Nos
bastamos
solos
para edificar,
pues sí,
un "Estado
fallido"**

